

las reformas que deban introducirse a fin de obtener cada vez mejores bases para el logro de la armonía de las distintas clases sociales que integran la nacionalidad.

San José, agosto 5 le 1943.

Víctor Manuel Sanabria Martínez, Julio Acosta García, José Joaquín Alfaro Iglesias, Tomás Malavassi Sanabria, Mariano Cortés, Jorge Volio Jiménez, Víctor Manuel Elizondo S., Joaquín García Monge, Julio Padilla R., Fausto Coto Montero, Fernando Alfaro Iglesias, Walter J. Dittel M., Claudio Castro Saborío.

Nota: El Lic. V. M. Elizondo puntualizó su posición en la siguiente forma: "Contemplada la iniciativa en sí, de dotar al país de una legislación social, dentro de los más puros principios cristianos de Justicia Social, suscribo el anterior memorial aparte de toda cuestión política del momento."

Juan Fermín Aycinena, cantor de Santa Rosa de Lima

Solicita nuestra atención un poema centroamericano en loor de la Divina Criolla, como a Santa Rosa de Lima denominaron algunos de sus exaltados panegiristas.

Tímida alondra que, tendiendo el ala,
huye a esconderse en la enriscada peña
donde su nido está,
al dulce acento que su amado exhala,
ansiosa corre la beldad limeña,
y hacia su amado va.

De tal entonación y del mismo metro son las diversas estancias del canto que un distinguidísimo vate de Guatemala escribiera hace más de medio siglo.

El poema lo envió el autor al Ateneo de Lima, como poetas del universo castellano acudieron, también, al certamen que provocara la entonces activa institución literaria de la capital del Perú para conmemorar el tercer centenario del nacimiento de la virgen purísima que en el hogar llamóse Isabel Flores y Oliva, y a la que el Pontificado proclamó Patrona de las Américas, Filipinas e Indias.

Un día recibió don Juan Fermín Aycinena, allá en la tierra del quetzal, una medalla de plata en fino estuche, por haber alcanzado con su poema el segundo premio en el certamen. El estuche ostentaba esta leyenda: "Concurso literario en honor de (aquí un escudo), Santa Rosa de Lima.—Segundo Premio.—Prosa.—Abril 30 de 1886". Así evidencióse algo enteramente anómalo:

un poema en verso había sido favorecido, por veredicto del jurado, con la medalla destinada a premiar un elogio en prosa. ¿Por qué razón? El doctísimo guatemalteco David Vela, cuyo estudio en parte utilizamos, razona: "Es posible que los organizadores.....pensaran en un principio dedicar el segundo premio a una composición en prosa; pero luego, en vista del mérito de las estrofas de Juan Fermín Aycinena, decidieron otorgarle la medalla de plata". El anverso de ésta dice: "Concurso Literario en el 3er. Centenario de su nacimiento.—Lima, Abril 30 de 1886", todo rodeando la imagen de Rosa de Santa María; y el reverso, entre una corona de laurel "Premio."

Pontificaba y sostenía el cetro de nuestras letras don Ricardo Palma, quien ya era llamado "el mago de la Tradición". Leyó Palma el poema laureado—escrito en el mismo metro y con sujeción a la misma técnica de otro poema, "Al Pensativo" (1), del propio Aycinena, muy reproducido en revistas y antologías—, y envió a tan distinguido colega de la América Central un ejemplar de sus "Tradiciones Peruanas", con un parecer o dictamen conceptuoso. Por su parte, Eugenio Larrabure y Unanue, presidente del jurado calificador, escribió, asimismo, al altísimo poeta de Guatemala unas frases de felicitación por "su inspirada poesía."

Así se vinculó más Aycinena con el Perú. Por su devota admiración a la bendita criatura que, según el Conde de la Granja,

.....nació Rosa para ser lucero
y con humilde corazón profundo
triunfó de Lucifer, de sí, del mundo.

Totalmente vino a sumarse Aycinena a la legión que ha ido suscitando la Virgen limeña, legión que en los años últimos reforzaran Maurice Barrés, John Antoine Nau y Enrique Larreta, el de "La Gloria de Don Ramiro."

No es por demás que conozcamos, pues, a don Juan Fermín.

Bautizado con los mismos nombres del primer Marqués de Aycinena—título que ostenta con prestancia el Embajador de España en el Perú, don Pablo de Churrua y Dotres—, fué don Juan Fermín un varón esclarecido. Político en tiempos del Mariscal Cerna, pero apartado de tal actividad apenas triunfó la revolución liberal, en 1871, adquirió justa fama como latinista y buen conocedor de varias lenguas europeas, en todo lo mal hallámosle notable semejanza con nuestro *Juan de Arona*, semejanza con Paz Soldán y Unanue, que es mayor aún por aquel amor que el uno y el otro sintieron por la viña del campo, consecuencia, acaso, de los reiterados coloquios con Virgilio. Católico ejemplar toda su vida—1838-1898—, y latinista de fuste, aplicóse a traducir no sólo a Horacio sino la elegía "Adjustice christianorum" y el canto a Nuestra Señora del Tepeyac, composiciones, las dos, de León XIII, y escribió muchos poemas religiosos, como Pablo de Olavide, tradujo a lengua cervantina la "Evangeline" de Longfellow y puso en castellanos octosílabos asonantados, con gran donaire y soltura, los hexámetros latinos que Rafael Landívar, en la afamada "Rusticatio Mexicana" acerca de la fiesta brava y más española, escribiera en tiempos mejores.

Había nacido Aycinena—bien se habrá intuído ello—en hogar patricio, que formáronlo el licenciado Pedro de Aycinena y doña María de los Dolores Aycinena. Lo bautizó el doctor Juan José de Aycinena, y madrina de agua y óleo del infante lo fué doña María Micaela Aycinena. Educóse en el seminario arzobispal y, después de alcanzar el bachillerato en filosofía, prosiguió estudiando hasta que, a los 24 años de edad, se graduó de licenciado en leyes y cánones. Al establuecérse, en marzo de 1888, la filial de la Real Academia de la Lengua en Guatemala, figuró Aycinena como uno de los dieciocho “inmortales”. Era ya hombre de letras de prestigio muy bien conquistado a pesar de su desmesurada modestia, y ya había publicado sus poemas “Al Pensativo” (1) y “El Café”. En aquellos meses había obtenido el premio del Ateneo de Lima. . . . Ya estaba próximo a ser notificado de otro gran triunfo literario suyo en el Perú.

En verdad, el tranquilo y modestísimo varón que, evadido del foro y de la política, dedicábasele a agriculturá, a las musas y al hogar, recibió, en el segundo semestre de 1888, una carta de don J. Octavio de Oyague, en nombre del Ateneo de Lima, destinada a notificarle que en el certamen internacional convocado para premiar la mejor comedia de costumbres americanas, su obra “El Hombre de Bien” había obtenido la recompensa máxima, el primer premio, consistente en una medalla de oro. ¡Habíase producido nueva vinculación entre los hombres de letras de la América Central y los del Rimac!

David Veía, concienzudo crítico que dedica los mejores años de su existencia a “El Imparcial” de la capital chapina, manifiesta que la laureada comedia de don Juan Fermín es una pieza “en fondo y forma calcada en las producciones de la escuela romántica, en pleno vigor por ese tiempo, que recuerda la técnica de Hartzenbusch”. Escrita en versos fáciles, con diálogos bastante sueitos, sus escenas—todas de la época, y desarrolladas en Guatemala—sucédense “en lógico encadenamiento”. Los ateneístas limeños informantes, por su parte dijeron: “Se conoce que su autor no hace. sus primeras armas; y si hubiéramos de expresar por medio de una comparación la idea que de él nos hemos formado, diríamos que no es un gran general y mucho menos un soldado raso; es un oficial de honor que ha hecho su carrera por riguroso escalafón y que de seguro ganará un ascenso en cada batalla”. (No sabríamos decir si entre los informantes de Lima figuraron el más tarde General Eléspuro, el Coronel Celso N. Zuleta y el abogado y militar D. Hildebrando Fuentes. Lo parece, por lo raro que encontramos el símil del dictamen.)

No anduvieron muy lejos de lo cierto quienes opinaron así. Aycinena había ya escrito y escribió después otras producciones dramáticas como “La Semilla del Bien” y otro drama, “Esther”, que convirtió en zarzuela, con partitura de un músico chapín, y algunos juguetes cómicos.

Pero el varón de letras a quien recordamos ahora no se limitó en sus horas de comercio íntimo con las deidades del Helicón a los géneros que se dejan expresados. Aycinena, según la certera expresión de Brunetiere, tenía los ojos fijos en el pasado, y con esos ojos—ojos de niño—miraba también el presente. Un ilustre hijo de Guayaquil—García Goyena—radicóse en Gua-

(1) El Pensativo es un río que corre a inmediaciones de la Antigua Guatemala.

temala, y escribió allí sus fábulas afamadísimas; y Juan Fermín Aycinena intentó acrecentar el acervo dejado por el radiante guayaquileño discípulo de Esopo. Infelizmente, sólo el apólogo "El Aguila, el Milano y la Paloma", consérvese de las fábulas del triunfador de Lima, ya que voraz incendio consumió casi toda la producción literaria del vate, cuya obra permanece dispersa en revistas, diarios o pequeños folletos hoy rarísimos. Y así como intentó, con innegable fortuna, seguir las huellas de García Goyena, quiso cultivar el cuadro de costumbres que con rotundo éxito dominó como maestro consumado su compatriota Pepe Milla, o *Salomé Gil*; y también—¿por qué no?—el género creado por Ricardo Palma, de quien fuera admirador. Al respecto, Clemente Palma, vástago del tradicionista glorioso, dícenos en su artículo "La Tradición, los tradicionistas y las cosas de don Ricardo Palma"—incluido en el libro-homenaje que, dedicado al Maestro, publicó la Sociedad Amigos de Palma—: "En Guatemala, don Manuel Diéguez, inspirado en los libros de Palma, escribió una corta serie de relatos tradicionales, que despertaron entusiastas aplausos y estimularon al poeta don Fermín Aycinena, para algunos muy meritorios trabajos del género....."

Fué periodista también, y periodista de los que tienen la sala de redacción en la propia casa y no acostumbran cobrar sueldo. Con patrióticas miras, pero con intención de combate, a los gobiernos liberales supo colocar de vez en cuando el par de banderillas, o el puyazo, como los personajes de coleta y montera que bregan con los bien astados miuras. En fin, y siguiendo a Fernández Hall en su juicio, diremos que, conocedor de la lengua como pocos, nutrido de clásicas lecturas y amante de las letras con fervor y entusiasmo de tenorio, fué Juan Fermín Aycinena uno de los más distinguidos representantes de las letras guatemalenses.

A los peruanos nos corresponde recordarle con agradecido cariño por su amor a Lima y por su mística devoción a Santa Rosa. Aquella loa iniciáse con esta estancia:

Ninfas dichosas del peruano suelo,
pulsad las arpas del eónio coro,
y en cántico inmortal
en ondas suba a la región del cielo,
celebrando dulcísimo y sonoro
la gracia virginal.

Y concluye con este ruego breve, trasunto de cuánto admiraba a la Virgen de Lima, posiblemente gracias a lectura atenta de la hagiografía de Hansen:

Del mundo de Colón hijas queridas,
cercad el trono espléndido de gloria
de esa Rosa inmortal:
¡tres siglos os contemplan hoy unidas
celebrando con himnos de victoria
su plácido natal!

Si el fabulista García Goyena ha vuelto a vivir gracias a la reimpresión que hizo de las fábulas su conterráneo Modesto Chávez Franco, vuelvan a vivir también mediante reimpresiones, las harto olvidadas páginas de Aycinena, a quien Pío M. Riépele, hoy Director de la Academia Guatemalteca, proclamó “orgullo el más legítimo de nuestra poesía clásica de los últimos años.”

Aycinena tuvo final trágico. Al promediar diciembre, en 1897, un alienado presentóse en casa del varón ilustre y agredióle en forma brutal. Sobrevino una meningitis, y el 10 del siguiente enero prodújose el deceso lamentable. Guatemala mucho lloró al predilecto hijo suyo que cosechara abundosos lauros y admiraciones.

Miraflores (Lima).

ENRIQUE D. TOVAR y R.
(Académico de la Lengua)

La casa solariega de los Montealegre

Por Modesto Martínez

(Charla dicha “in situ” a las damas del Costa Rica Garden Club y dedicada por su autor a la distinguida señorita Laura Lyon, a cuya honorable familia pertenece hoy la casa solariega de los Montealegre.)

La casa en que nos encontramos y los jardines y parques que la rodean son reliquias históricas que miran con respeto y devoción todos los costarricenses por haber sido la primera gran mansión que se construyó fuera del circuito urbano de San José y por ser los parques y jardines lugares donde se aclimataron notables variedades de plantas y de árboles también. Pero sobre todo valen mucho para los costarricenses esta casa y estos jardines por haber sido construída la casa y trazados los jardines por miembros de la muy honorable y distinguida familia Montealegre, quienes la conservaron por muchos años en su poder.

Esta casa acogedora y señorial fué construída en el año de 1868 por don Mariano Montealegre Fernández, quien se había educado y había adquirido la afición a las mansiones señoriales y a los parques y jardines en los muchos años que vivió, en Inglaterra donde se educó y donde practicó la ingeniería.

Don Mariano compraba la madera en la plaza pública en grandes partidas de las cuales se dejaba la mejor y revendía la que era de inferior calidad. Como experto en maderas tenía a un carpintero de grandes bigotes y barba larga, que era quien decía cuál madera debía guardarse y cuál—por no haber sido cortada en menguante—debía venderse en la plaza. La madera fué guardada por largo tiempo hasta que estuvo completamente seca y la casa fué construída con materiales excelentes que se han conservado sanos al través de los tiempos, como podemos verlo hoy, que nos encontramos dentro del recinto de esta histórica mansión.